

Noticias

El poder de nombrarse. A propósito de la *Historia de las Mujeres en España y América Latina*. Isabel Morant (dir). Madrid, Cátedra, 2055 y 2006; 4 vols.

El 2 de octubre de 2006 se presentó en Barcelona, en el Espai Francesca Bonnemaison, la nueva *Historia de las Mujeres en España y América Latina* que ha aunado los trabajos al respecto de más de un centenar de autores, mayoritariamente mujeres, desde la prehistoria hasta la actualidad. Las páginas que siguen, a sugerencia de las editoras de *Arenal*, recogen mis reflexiones en aquel acto.

Aquellas reflexiones comenzaban con una cita procedente de un libro y de un autor perseguidos. Me refiero a los *Versos Satánicos* de Salman Rushdie. Una novela cuya calidad literaria y cuya densidad de pensamiento fueron oscurecidas por la persecución que sufrió en su momento. La cita se refiere a una conversación entre dos habitantes de la India a propósito de la extraordinaria transmutación de apariencia y comportamiento que sufrían en presencia de los británicos y cómo se les escapaba el alma, incluso la apariencia humana, cuando estaban ante ellos y aún después. En la triste ironía del texto, los dos amigos se convertían en cabras o en elefantes, balaban y bramaban y no podían evitarlo.

—Pero ¿cómo lo hacen? —pregunto Chamcha en voz baja.

—Nos describen —musitó el otro solemnemente—. Eso es todo. Tienen el poder de la descripción y nosotros sucumbimos a las imágenes que ellos dibujan.¹

Los cuatro volúmenes de la *Historia de las Mujeres en España y América Latina* son un acontecimiento editorial y académico pero son, sobre todo, un acto de poder. Son la demostración del poder alcanzado por las mujeres para producir conocimiento sobre ellas mismas (es decir, para poseerse) y para resistir e impugnar las descripciones y las imágenes, sociales e individuales, que han legitimado (incluso ante ellas mismas) su subordinación; que han colonizado sus imágenes, sus experiencias, su misma apariencia y sus relaciones con los hombres.

1. RUSHDIE, Salman: *Versos Satánicos*. España, Cominidad de Editores y Ministerio de Cultura, 1989, p. 167.

Para lograr apropiarse de sí mismas, para desenmascarar las mentiras, a las mujeres no sólo les es necesario negar: no soy una cabra o un elefante, como tú dices. Les ha resultado, y les resulta, necesario apropiarse del poder de nombrar, de definir; de nombrarse y definirse. Y para lograrlo no hay otro camino que el de desmontar uno por uno los mecanismos de construcción de ese poder de nombrar y de definir. Es decir, impugnar el tipo de conocimiento que legitima ese poder y cuyo objetivo fundamental no es (sólo) el de crear ciencia sino aquello que Antonio Gramsci denominó *sentido común*. Aquel que, en cuanto tal, consigue que las mujeres sucumbamos a las imágenes que desde él se dibujan.

Para lograr destruir ese poder y hacerse con uno propio, la historia de las mujeres ha necesitado un largo camino. Un camino que no ha consistido sólo (ni principalmente) en tratar de incluir sus historias en la Historia con mayúsculas, en darles visibilidad y aceptación. Ha necesitado, sobre todo, revolucionar la forma de hacer historia y la misma manera de concebirla; cuestionar, uno por uno, los mecanismos (los juegos de verdad) que las anulaban como sujetos históricos. Es decir, impugnar las reglas y convenciones que regularon la aceptación del tipo de conocimiento que llamamos historia y demostrar que, lejos de ser una ciencia objetiva y neutral es una práctica interpretativa que no sólo refleja sino que crea relaciones de poder: inclusiones y exclusiones, medidas de lo que es importante y lo que es irrelevante o marginal, reglas de evaluación y juegos de verdad.

Es esa conciencia del carácter inherentemente político de la historia y de sus sujetos, como fruto de relaciones de poder/conocimiento, la que ha hecho que la historiografía de las mujeres haya estado (en todo el mundo) implicada en la renovación de la historia como disciplina. Ha estado en primera línea del intenso debate de los últimos cincuenta años planteando nuevas preguntas y nuevas líneas de investigación, estrechamente relacionadas con la búsqueda de una nueva identidad histórica para las mujeres que tratan de pensar sobre sí mismas (y sobre los discursos sociales contruidos sobre ellas) impugnando o dislocando los paradigmas tradicionales que no las tomaban en cuenta o que las *mal-decían*. Desde la historia social hasta aquellas corrientes que han enfatizado el papel del lenguaje en la construcción de las identidades sociales e individuales, en el papel de la cultura como algo más que una “superestructura” o un ámbito separado de la realidad material, la historiografía feminista ha estado en el centro de la gran contestación acerca del significado y la práctica del conocimiento histórico.

Cuando la directora de la obra, Isabel Morant, me pidió que participase en la presentación de la *Historia de las Mujeres en España y América Latina* (de la que surgen estas notas) sugirió que ofreciese la mirada de una no especialista en ese campo de estudios pero que, sin embargo, ha

realizado algunos trabajos al respecto. Que hablase de mi experiencia. La experiencia de una historiadora interesada en el liberalismo decimonónico que aceptó, llena de dudas, el encargo de un estudio y edición crítica de la *Vindicación de los Derechos de la Mujer*, de Mary Wollstonecraft y que, a raíz de aquella experiencia, se embarcó en un proyecto similar sobre la obra de su hija, Mary Wollstonecraft Shelley, *Frankenstein, o el moderno Prometeo*².

Buceando en las muy distintas estrategias que esas dos mujeres pusieron en marcha para resistir las definiciones que les negaban el ser, el poder de conocerse a sí mismas, una nueva lógica de la historia se abrió ante mí. En aquellos ensayos de análisis crítico y de biografía femeninas comprendí mejor la complejidad interna y las contradicciones del liberalismo (no sólo para las mujeres sino también para los hombres) y su carácter profundamente cultural y profundamente ambivalente. Pude analizar (en la práctica) los mecanismos ocultos que hacían que toda su cosmovisión política, económica y social estuviese atravesada —en un sustrato cultural profundo— por la que Pierre Bourdieu ha denominado “la más arraigada de nuestras ilusiones colectivas: la de una diferenciación sexual-genérica que comporta funciones, naturalezas, actuaciones sociales y emocionales diversas para los hombres y las mujeres”³. Una ilusión colectiva que afectaba (que afecta) a ambos, a los hombres y las mujeres.

Comprendí también mejor el papel profundamente ambivalente de la ideología liberal e ilustrada para las mujeres. Por una parte, abría una puerta (que ya no podría cerrarse) para su conversión en sujetos históricos al colocar en el centro de su reflexión al individuo, formalmente neutro, abstracto, igual y libre de las redes de jerarquía y dependencia del Antiguo Régimen. Por esa puerta penetró Mary Wollstonecraft para reclamar la ciudadanía plena de las mujeres; para argumentar su reconocimiento como individuos racionales, libres y éticamente formados. Algo que también les ocurrió a las mujeres españolas y americanas como demuestran los estudios que recoge esta obra sobre el orden político liberal y la diferencia de sexos entre finales del siglo XVIII y el siglo XIX⁴.

Sin embargo, como esas mujeres y como la misma Wollstonecraft descubrió dolorosamente, fue ese mismo liberalismo el que trató de confinar-

2. WOLLSTONECRAFT, Mary: *Vindicación de los Derechos de la Mujer*. Madrid, Cátedra-Feminismos, 1994 y SHELLEY, Mary Wollstonecraft: *Frankenstein, o el moderno Prometeo*. Madrid, Cátedra-Letras Universales, 1996.

3. BOURDIEU, Pierre: *El sentido práctico*. Madrid, Taurus, 1993, p. 242.

4. Mis referencias a la obra se centran, sobre todo, en el volumen III en la medida en que es aquél más cercano a las reflexiones sobre mi experiencia como historiadora que se me han pedido en estas notas.

las en un espacio construido a su supuesta imagen y semejanza donde no reinaba la razón sino el sentimiento; donde no existía la sociedad sino la naturaleza; donde no había inteligencia sino sexo. La desesperada búsqueda de Mary Wollstonecraft por trascender esas dicotomías fue sobre todo un intento de verse a sí misma eludiendo las miradas del otro: aquellas que ella misma llevaba dentro y la confundían hasta el punto de exclamar exasperada (confundida) “Tengo el cerebro de un hombre encerrado en el cuerpo de una mujer”. Aquellas imágenes que la hicieron querer rechazar incluso su sexualidad femenina y renegar de toda sexualidad para alcanzar el estatuto de individuo abstracto, neutro, libre. Un individuo que ella misma acabó considerando monstruoso y del que quiso escapar arrojándose a las aguas del Támesis después de empapar sus vestidos de mujer del siglo XVIII lo suficiente como para que la ayudaran a hundirse.

Mary Wollstonecraft, su esforzada y troncada experiencia como mujer y como intelectual, me ayudó a cuestionar (no ya en la teoría sino en la práctica como historiadora) una noción de sujeto histórico unitaria y coherente consigo misma, en todos sus espacios vitales y trayectoria biográfica. Siguiéndola a ella, intentando comprenderla, comencé a vislumbrar la potencialidad de una noción más fragmentada y múltiple de la identidad individual. Un tema que aborda abundantemente esta *Historia de las Mujeres* y que, por ejemplo, fue desarrollado admirablemente por una de sus autoras, Cristina Borderías, en un artículo memorable de hace ya algunos años⁵.

Volví a tropezar con el problema del cuerpo y la identidad fragmentaria, de la mirada del otro y de la monstruosidad (de la muerte del yo incapaz de verse a sí mismo) cuando trabajé sobre el *Frankenstein* de Mary Shelley; aquella obrita casi adolescente que dio vida a uno de los mitos más perdurables de la literatura occidental moderna. La criatura que Shelley imaginó creada por Victor Frankenstein —como la Eva de *El Paraíso Perdido* de Milton— se vio por primera vez a sí misma en las aguas de un estanque. Sin embargo esa criatura ya había sido mirada por otros antes de mirarse, ya había sido definida. Por eso, lo que aquel ser sin nombre vio al mirarse en las aguas del estanque le nombró (internamente) porque ya estaba nombrado: “Logré convencerme, dice, de que realmente era el monstruo que soy”. A partir de aquel momento, la criatura soñada por la hija de Mary Wollstonecraft asumió su identidad monstruosa y ajustó a ella su biografía, su experiencia de sí.

5. BORDERÍAS, Cristina: “Subjetividad y cambio social en las historias de vida de mujeres: notas sobre el método biográfico”. *Arenal*, 4.2 (julio-diciembre 1997), 177-195.

Por lo que respecta a la mía, a mi experiencia como historiadora, las cosas ya no volvieron a ser iguales. El trato con las autoras de la *Vindicación* y de *Frankenstein*, con sus obras fragmentarias y exaltadas, contradictorias y poderosas, me hizo ver que era crucial penetrar en el proceso de definición social (lingüística, etc) de los individuos para poder comprender su posición, su experiencia y sus actuaciones. Ninguna de ellas constituyen algo dado o una “realidad vivida” al margen de toda definición previa y todas constituyen procesos cambiantes, y nunca acabados, de comunicación, interpretación, apropiación, acomodo, resistencia o rebeldía *de y ante* esas definiciones sociales. Un enfoque que no sólo destruye la ilusión de una persona que otorga sentido de manera autónoma a sus acciones y a su vida, sino que obliga a incorporar (como decía antes) una noción de individuo mucho más fracturada e inestable, constituida (objetiva y subjetivamente) a través de situaciones, definiciones y opciones de identidad múltiples y, al menos parcialmente contradictorias. Son esas fracturas las que permiten entender el cambio social y evitan la clonación generacional. Algo que es absolutamente importante para entender la trayectoria de las mujeres y sus posibilidades de transgresión de las identidades sociales que le son impuestas (incluso por otras mujeres) como demuestran buena parte de los trabajos incluidos en esta obra.

La dulce Mary Shelley pudo ser, a principios del siglo XIX, mucho menos libre personalmente que su madre a finales del siglo XVIII. Nunca escribió tratados políticos, nunca argumentó a favor de las mujeres y siempre vivió a la sombra de su esposo, el poeta Percy Shelley. Trabajar sobre ella también me sirvió para ver como la historia de las mujeres impugna la noción de progreso unilineal, unidireccional y coherente (tan cara al liberalismo) y me sirvió también para analizar las estrategias indirectas (pero no por ello menos efectivas) que emplean las mujeres para impugnar el poder de los hombres para someterlas a través de su supuesto conocimiento de ellas. Así, la dulce Mary Shelley se ve obligada a matar al monstruo al final de la novela, todo en ella y en su entorno lo requería. Sin embargo, antes consigue que ese monstruo abandonado asesine a su creador y a todo lo que éste amaba, incluida su dulce novia Elisabeth, el epítome del “ángel del hogar” liberal y burgués. Aquel ser, sin nombre, todo naturaleza, todo género, sobre el que se extienden ampliamente las autoras de esta obra; especialmente en los capítulos dedicados a las escrituras femeninas y los modelos de feminidad y masculinidad a que las mujeres españolas y americanas ajustaron su conducta pero que, también, resistieron e impugnaron mediante estrategias indirectas y algunas de ellas muy directas, como en el caso de Pardo Bazán y otras.

El tema de la monstruosidad ligada a la transgresión de la identidad femenina normativa volvió, de otra manera, cuando trabajé sobre la reina

Isabel II y su madre, M.^a Cristina de Borbón, ambas tratadas también de forma muy inteligente en esta obra⁶. Los trabajos anteriores me sirvieron para entender a aquella reina monstruosa y comprender mucho mejor el carácter de la lucha política durante el proceso de consolidación del liberalismo en España; me ayudaron a considerar un factor expresivo (y no opaco o irrelevante) el hecho de que el primer monarca constitucional en España fuese una mujer. Me permitió atender a cómo el sexo influye en la percepción del ejercicio del poder y lo potencia o lo limita; la forma cómo el liberalismo se fue asentado al tiempo que asentaba el hecho (aberrante y monstruoso) de que la reina Isabel se comportase en su vida privada como un rey. Es decir, se considerase un monarca (neutro) y por lo tanto al margen de las definiciones de feminidad y masculinidad, etc. Hacerlo así le costó, no sólo la corona, sino el más profundo desprecio personal de todo el arco político, desde los moderados hasta los republicanos. Y España entonces fue más moderna y más liberal. Yo, por mi parte, no he vuelto ya a considerar ni la modernidad ni el liberalismo de la misma manera.

Los cuatro volúmenes de la *Historia de las Mujeres de España y América Latina* tratan de éstas y otras muchas cosas; de forma sobresaliente (a mi juicio) demuestran que las mujeres (muchas mujeres) estuvieron presentes en su propia historia (tanto de rebeldía como de subordinación), acomodándose, negociando y resistiendo aquel estereotipo que, Charlotte Brontë resumió con amargura: “el hombre hace; la mujer es”. Todas estas páginas de una historia repleta de contradicciones y paradojas, de pasos en falso, de logros y de frustraciones, demuestran que las mujeres (muchas mujeres) buscaron el poder. El más grande e importante de todos, el que sustenta todo poder: el poder de representarse a si mismas.

De esa batalla por el poder son testigo, y al mismo tiempo hito, prueba y demostración, estos volúmenes. Algo que es evidente en los espléndidos estudios sobre el trabajo y la educación de las mujeres, y las contradicciones (subjetivas y objetivas) que generaron en la sociedad decimonónica española y americana; sobre las dislocaciones de los discursos y las prácticas del poder político, el orden familiar, los saberes, la sexualidad y las profesiones femeninas, etc. Todos ellos participan de una forma u otra, además, en la gran conversación entre las diversas disciplinas en que ese mismo liberalismo que estudian compartimentó el saber sobre las cosas humanas; participan en la *criollización* (dentro de la historia) y en la *descolonización* de conceptos y categorías procedentes de disciplinas diversas. Y lo hacen, creo yo, desde la convicción del carácter *mestizo* (y *colonial*) de los discursos elaborados

6. *Isabel II. No se puede reinar inocentemente*. Madrid, Espasa, 2004.

históricamente para crear y perpetuar las diferencias entre los hombres y las mujeres.

Ya no vale el tópico de que la historia de las mujeres es un campo de estudios débil e incipiente en el ámbito hispano por contraposición a Europa Occidental y Estados Unidos. Todo lo contrario, estamos ante una historiografía integrada en los grandes debates actuales, una historiografía consolidada, amplia, rica y diversa. Otra cosa es que existan todavía fuertes inercias y resistencias en la Academia (a veces más que en la sociedad en su conjunto) para valorar este tipo de historia. No ya de boquilla —que es fácil y se hace mucho— sino de verdad. Es decir, potenciando la investigación en la historia de las mujeres, integrándola en la enseñanza y valorando seriamente, prácticamente, a quienes la hacen. Como dijo la historiadora y escritora, Isabel Segura, en aquella presentación, esta obra debería servir para lograr todo eso y algo más: para trascender el ámbito académico y servir como soporte histórico de conocimiento para las políticas actuales de igualdad e intervención política en la sociedad española y americana de principios del siglo XXI.

La publicación que hoy presentamos es un aldabonazo fuerte y rotundo en todos esos sentidos. Lo es, además de todo lo dicho, porque sirve para delatar el machismo implícito (y lo escribo con todas las letras) de ciertos sectores de la Academia que siguen ninguneando estos estudios y a quienes los practican. Se acabaron las excusas. A buen entendedor, estos cuatro volúmenes bastan porque, como le dijo Caliban a Próspero, en *La Tempestad* de Shakespeare: “Tú me enseñaste el lenguaje y el beneficio que yo he conseguido es el de saber maldecirte. Que la peste roja te lleve, etc”.

Isabel Burdiel
Universidad de Valencia

Historia de las mujeres en España y América Latina. IV: Del siglo XX a los umbrales del XXI. Isabel Morant (dir.); G. Gómez-Ferrer, G. Cano, D. Barrancos y A. Lavrin (coords.). Madrid, Cátedra, 2006.

España y América Latina, con la inclusión de Brasil, es el espacio al que se refiere esta *Historia de las mujeres* concebida especialmente para cubrir lagunas y tender lazos entre comunidades científicas, a un lado y otro del Atlántico, así como para ayudar a la comprensión mutua en los estudios sobre mujeres. Un conjunto importante de historiadoras ha sido convocado así para estudiar rasgos comunes y especificidades respectivas de las experiencias relativas de mujeres, muy diferentes, en contextos muy amplios. En este caso —y en el marco de una obra magna que recorre los tiempos

en su totalidad histórica en cuatro volúmenes—, se trata específicamente de situar los análisis en el siglo XX, constituyendo el último de aquéllos de una importante obra de conjunto pensada y dirigida por Isabel Morant, con Mónica Bolufer como secretaria del Consejo editorial. Coordinado este volumen —como también el III— por Guadalupe Gómez-Ferrer, Gabriela Cano, Dora Barrancos y Asunción Lavrin, la editorial Cátedra cierra de esta manera una magna empresa caracterizada, ante todo, por la originalidad del planteamiento geográfico y la esforzada ambición de cubrir un espectro tan amplio como distante.

La variedad de las contribuciones es tal que sería ocioso —y distorsionador— tratar de darles ahora una unidad para esta breve nota de presentación. Solo puede decirse, desde el principio, que la calidad científica de las autoras (y algún autor) avala el resultado de su esfuerzo, sea cual sea la temática concreta o el aspecto tratado. Referidos a España son los trabajos de María Dolores Ramos, Inmaculada Blasco, Rosa María Capel, Mercedes Yusta, Mary Nash, M. Teresa Gallego, Marcia Castillo, Diana Saldaña y David Cortés, Giuliana di Febo, Susanna Tavera, Teresa Rodríguez de Lecea, M. Carmen Muñoz, Inmaculada de la Fuente, M. Antonia García de León, Pilar Díaz, Mabel Pérez Serrano, Paul Preston, Amelia Valcárcel, Pilar Folguera y M. Ángeles Durán. Referidos a América Latina, por su parte, los de Dora Barrancos, Gabriela Cano, Eugenia Rodríguez, Asunción Lavrin, Guiomar Dueñas-Vargas, Rachel Soihet, Margaret Power, Lola G. Luna, Susana Bianchi, Lynn Stoner, Eugenia Bridikhina, Nora Domínguez, Julia Tuñón, Mirta Z. Lobato, Luz G. Arango, M. Teresa Fernández Aceves, Margareth Rago, Fernanda Gil, Marta Lamas y Margarita Iglesias.

Las temáticas tratadas, por su parte, son las siguientes: el feminismo, la política y el sufragismo en la España contemporánea, con lógica atención privilegiada para la II República y la Guerra civil, analizado el papel de las mujeres en ambos bandos; mujeres españolas del siglo XX en la literatura y en el arte; el franquismo (que recibe una muy amplia atención); los cambios de las tres últimas décadas en España en cuanto al papel de las mujeres (universidad, incorporación a la tarea social y política y, como única concesión al individualismo metodológico, unas páginas sobre Sofía de Grecia que escribe el hispanista Preston); por último, balances del feminismo en España y de las expectativas sociológicas de futuro. Todo ello referido a nuestro país.

La consideración de las realidades latinoamericanas, tan diversas, ha sido sin embargo abordada (como seguramente no podía ser de otro modo) con un carácter más fragmentario que comparativo. Y en cualquier caso, queda en desproporción respecto a la atención prestada a España. Ello no desmerece sin embargo, ni mucho menos, el resultado final, y ofrece a los lectores y lectoras al menos la posibilidad de un acercamiento más directo

a sus historiografías respectivas del que la mayoría de nosotros podamos, en principio, tener. Voy por ello a prestarle ahora aquí a esta parte, aunque sea brevemente también, algo más de atención.

Sobre el sufragio femenino en Argentina y México escriben, respectivamente, Dora Barrancos y Gabriela Cano que, a su vez, son las coordinadoras del total de los estudios americanos junto con Lavrin. Sobre el feminismo en América Central escribe Eugenia Rodríguez, y sobre la ciudadanía en Chile y Perú hasta mediados del siglo XX Asunción Lavrin. A su vez, Guiomar Dueñas-Vargas trata de la participación política de las mujeres en Colombia y Venezuela, Rachel Soihet se ocupa del Brasil y Margaret Power compara entre sí a las mujeres conservadoras de Brasil y Chile. En el apartado de movilización social (relacionado, pues, también con la política), un texto general de Lola G. Luna enmarca otros estudios, mucho más monográficos, sobre las madres de la Plaza de Mayo, las mujeres cubanas en (y después de) la revolución, las mujeres bolivianas, y finalmente las “rebeldes” de El Salvador, Nicaragua y Guatemala. Los aspectos culturales, muy brevemente representados, lo están por un ensayo de Nora Domínguez, sobre las escritoras del Cono Sur, y por otro sobre el melodrama en el cine mexicano, de Julia Tuñón. Del trabajo de las mujeres en Argentina y Uruguay se ocupa Mirta Lobato; de Colombia y Ecuador Luz Gabriela Arango, y finalmente de México María Teresa Fernández Aceves. Un último apartado vuelve a incidir en la temática política y revisa variedades recientes del feminismo en América latina, especialmente en Brasil, Argentina, Uruguay, México, Chile y Perú.

Como se ve, un fresco amplio de muestras diversas de la investigación sobre mujeres en Latinoamérica, sin embargo compactado por la reducción a la mitad del volumen, que en su total forman casi mil páginas. Con todo, la excelente apoyatura bibliográfica al final de cada contribución, tanto para el caso de España como para el resto, enriquece el conjunto y lo convierte en un instrumento imprescindible para la docencia (y no solo en programas específicos de historia de las mujeres, como sería de desear). Pero, también, se puede valorar este esfuerzo como un estímulo para el desarrollo de estudios comparados y para un mayor acercamiento entre los estudiosos y estudiosas de este lado y el otro del Atlántico.

Unas palabras de la directora de la obra, en el prólogo, nos servirán para cerrar esta noticia sobre el volumen dedicado, en concreto, al que fue “el siglo de las mujeres”, como lo llama Guadalupe Gómez-Ferrer. Dice, en efecto, Isabel Morant, refiriéndose a los usos posibles de un libro como éste: “Nuestro mejor público es aquel que reconoce que las cuestiones desveladas por la historia de las mujeres constituyen un saber nuevo y vital sobre nosotros mismos, sobre nuestras vidas y nuestras relaciones con los demás, incluidas las relaciones políticas. Un público que sabe que comprender los

problemas que aquí se plantean es importante para pensar nuestras vidas y para vislumbrar, si cabe, la vida que nos gusta”. Ojalá sea amplio dicho público, y ojalá que este libro ayude a que lo sea más cada vez.

Elena Hernández Sandoica
Universidad Complutense de Madrid